

Panteón de San Fernando: 10 años como espacio museístico a cielo abierto

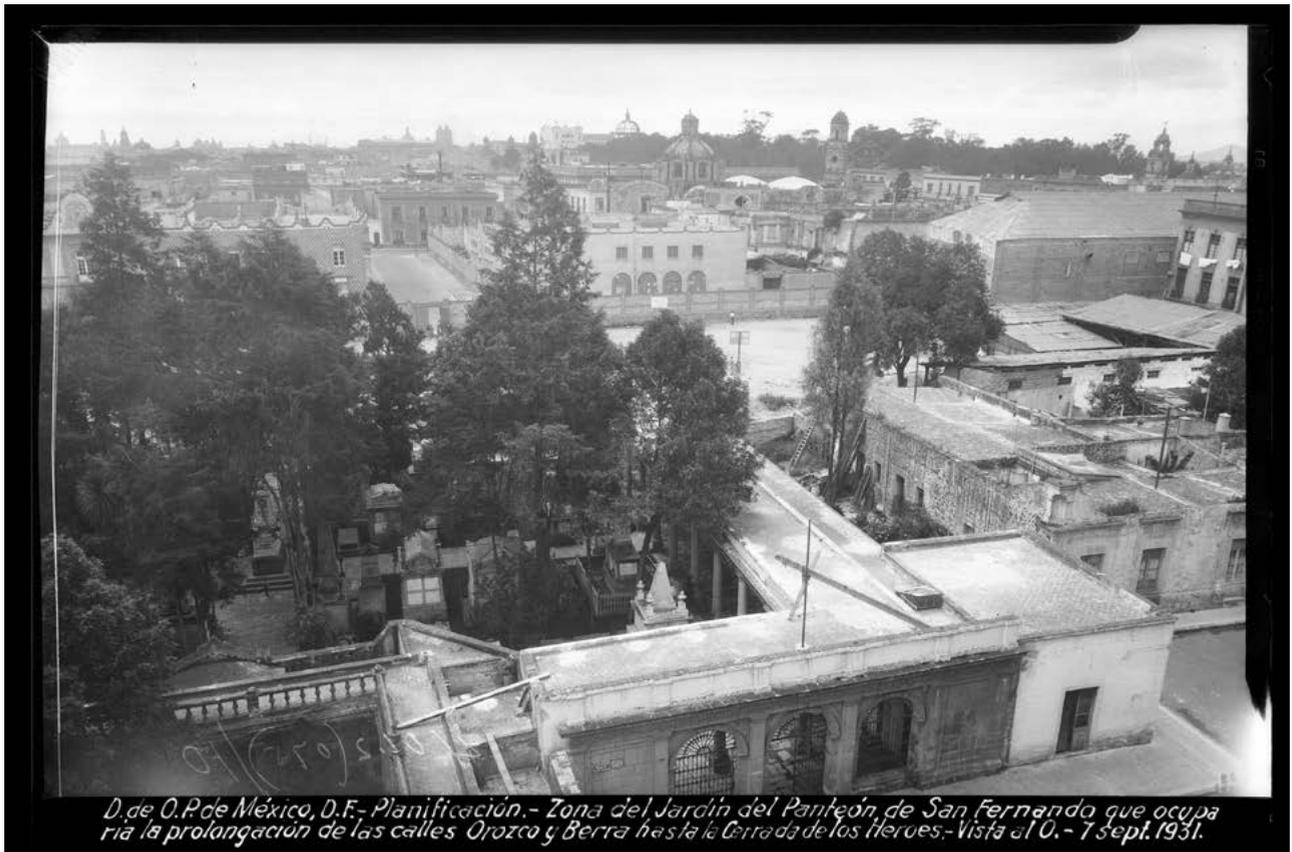
Gloria Falcón Martínez*¹

¡Cuántas veces en ese triste y silencioso rincón de nuestra bulliciosa Capital [...] mi imaginación delirante ha creído ver flotar las sombras de personajes allí inhumados, cuyos nombres cubren numerosas páginas de los Anales Mexicanos, y que fueron actores en días de luchas, de terribles luchas que precedieron a la firme consolidación de nuestras instituciones!

JESÚS GALINDO Y VILLA, *Anales del Museo Nacional*, 1907



Ceremonia a Juárez en el Panteón de San Fernando, 18 de julio de 1943 **Fotografía** © Museo Archivo de la Fotografía, Ciudad de México, 001255-001



Prolongación de la calle Orozco y Berra, 27 de agosto de 1931 **Fotografía** © Museo Archivo de la Fotografía, Ciudad de México, 002225-001

EL CEMENTERIO COMO MUSEO EN EL MUNDO

La definición de un museo como una máquina de mirar se aplicó en un inicio a los museos de arte y de ciencias. Sin embargo, en el caso de los cementerios la definición resulta particularmente eficaz, ya que son muchos los ejemplos de panteones que se han “revitalizado” al ser transformados en museos de sitio a lo largo y ancho del mundo. Se podría argumentar que los camposantos, desde un principio, han sido diseñados como espacios de memoria para los seres queridos, y se estará en lo cierto; sin embargo, lo particular de los cementerios-museo es que, organizados como museo, constituyen un medio para fortalecer la memoria colectiva, la identidad, los valores estéticos, éticos e identitarios de una sociedad.

En diversas ciudades del mundo los cientos de miles de visitantes que reciben estos espacios lo hacen por diversos motivos, como apreciar el arte funerario, disfrutar de los espacios abiertos, rememorar algún periodo histórico en particular, y prácticamente en todos la constante es una suerte de culto a los antepasados; es decir, la visita a personajes que forman parte del relato de la historia política, artística o religiosa de un sitio determinado. No pocos de ellos son visita obligada en los recorridos turísticos, como es el caso del cementerio de Highgate, en Londres, donde se disfruta de una

atmósfera neogótica y victoriana mientras se visitan las tumbas de Karl Marx, George Elliot o Virginia Wolf. Otro ejemplo de museo donde la visita a personajes que han sido emblemáticos de la cultura occidental es una de las motivaciones principales es el cementerio parisiense de Père Lachaise, donde descansan los restos de Jim Morrison, Oscar Wilde y Eugène Delacroix. En Buenos Aires, Argentina, está el cementerio de La Recoleta, que además de ser el primer camposanto público es un espacio de memoria para personajes como María Eva Duarte de Perón y Adolfo Bioy Casares.

Los cementerios-museo muestran las aspiraciones y preocupaciones de sociedades determinadas. Así, por ejemplo, dentro de esta categoría museística están el Cementerio Nacional de Arlington, Virginia, Estados Unidos, que es el panteón militar más famoso del mundo, donde se encuentran enterrados veteranos de todas las guerras que ha emprendido ese país. Ahí se destaca la monótona uniformidad de las tumbas, y el acento se pone en las guerras libradas por el pueblo estadounidense y que forman parte de su relato histórico. Otro caso es el cementerio estadounidense de Normandía en Colleville, Francia, donde se recuerda a los soldados de esa nación que perecieron durante el Día D, pero fundamentalmente es un memorial para señalar que

la participación de Estados Unidos resultó definitiva en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial.

Vale la pena mencionar que estos cementerios-museo no sólo fomentan el conocimiento y la reflexión sobre la historia, los valores culturales y las aspiraciones de las sociedades, sino que también son depositarios de obras artísticas aplicadas a la parafernalia funeraria. Algunos ejemplos son la Necrópolis Cristóbal Colón de La Habana, considerada un monumento nacional de Cuba y donde se aprecia una gran variedad de obras escultóricas y arquitectónicas, como son las recreaciones a escala de las mansiones de la elite del siglo XIX.

Dos ejemplos de cementerios-museo inscritos en la lista de patrimonio cultural de la humanidad de la UNESCO son el de Novodévishi, en Moscú, inscrito en 2004, y el Skogskyrkogarden, en la provincia de Estocolmo, inscrito en 1994. El primero forma parte de un conjunto conventual que guarda testimonio de diferentes etapas de la arquitectura desde el si-

glo XVI, mientras que el Skogskyrkogarden es considerado una obra de diseño de principios del siglo XX en sí mismo, donde los arquitectos Gunnar Asplund y Sigurd Lewerentz fusionaron los elementos arquitectónicos con la vegetación, aprovechando los accidentes del terreno. Hasta aquí unos ejemplos de un listado que podría continuar largamente.

MUSEO PANTEÓN DE SAN FERNANDO: LOS RITUALES DE LA MEMORIA

En nuestro país contamos con varios cementerios-museo, como es el Panteón Inglés en el pueblo mágico de Real del Monte, Hidalgo, o el Panteón de Belén, en el Centro Histórico de Guadalajara. Con todo, constituyen una minoría dentro de la amplia gama de museos que existen a lo largo y ancho de nuestro territorio. En la Ciudad de México, una de las megalópolis más grandes del mundo, sólo contamos con dos museos que han sido declarados “museos de sitio”. El Panteón Museo del Tepeyac, ubicado en el perímetro de la Basílica de Guadalupe, y el Museo Panteón de San Fernando.



Ceremonia a Juárez en el Panteón de San Fernando, 18 de julio de 1943 **Fotografía** © Museo Archivo de la Fotografía, Ciudad de México, 001255-002



Ceremonia en el Panteón de San Fernando, 5 de mayo de 1938. La señorita América López recita el poema *A Zaragoza* **Fotografía** © Museo Archivo de la Fotografía, Ciudad de México, 005976-001

En algunas crónicas del siglo XIX las referencias sobre la ubicación del Panteón de San Fernando son las siguientes: al costado oriente del templo del Colegio Apostólico de San Fernando, al poniente del Hospital de San Hipólito, sobre la antigua calzada de Tlacopan, frente al acueducto de Santa Fe, que pasa al centro de la calzada. Si se quisiera que un hipotético visitante contemporáneo lo ubicara, le tendríamos que señalar que se encuentra en un barrio centenario que es la colonia Guerrero; que su entrada principal es en el número 17 de la Plaza de San Fernando; que puede llegar en Metro, desde la estación Hidalgo, o bien en Metrobús, desde la estación Mina. Sólo con estas señas como referencia los posibles visitantes alcanzarían percibir que se trata de un sitio lleno de historia, ya que es el único panteón civil de la vieja Ciudad de México que sobrevive desde el siglo XIX, a pesar de las grandes alteraciones y cambios de uso de suelo que ha sufrido el entorno.

Aunque la historia del sitio se remonta al siglo XVIII, podemos decir que el Panteón de San Fernando es un pedazo del siglo XIX, de la modernidad del siglo XXI, que además destaca por ser un sitio donde fueron enterrados gran parte de los representantes del *boom* liberal, tanto político como literario, que contribuyó a la construcción de nuestra nación. Y posiblemente el hecho de que hayan sido enterrados allí personajes como Vicente Guerrero, Ignacio Comonfort, Benito Juárez, Miguel Miramón e Ignacio Zaragoza impidió que, en diferentes periodos, se destruyera el sitio para darle un nuevo uso. En su momento Jesús Galindo y Villa y José Manuel Villalpando dedicaron sus esfuerzos a generar conciencia acerca del valor histórico de este sitio.

En origen, el panteón pertenecía al Colegio Apostólico de San Fernando, del que sólo sobreviven el templo y el cementerio, que se comenzó a construir en 1832 y donde eran enterrados los hermanos de la orden, a la vez que constituía una fuente de ingresos, porque también era el más costoso de la ciudad. Con las Leyes de Reforma del 31 de julio de 1859, los cementerios administrados por la Iglesia pasaron a manos del gobierno y San Fernando fue declarado Panteón de los Hombres Ilustres en 1860, lo cual lo convirtió en un panteón civil muy solicitado por las clases pudientes. El registro más antiguo en el libro de defunciones del panteón es el de Guadalupe Garmendía, con fecha del 31 de agosto de 1833, mientras que el último entierro oficial fue el de Benito Juárez, en 1872.

En una de sus acepciones, “panteón” denomina a un conjunto de divinidades de una religión o de un pueblo. De acuerdo con esto, podemos subrayar el hecho de que durante décadas San Fernando congregó a una parte significativa de los héroes nacionales y ha sido un espacio ritual de veneración de la narrativa épica. Durante el Porfiriato, y hasta mediados del siglo XX, el sitio fue el centro obligado de cere-

monias donde no faltaban las ofrendas florales, declamaciones, discursos, así como reuniones de ex combatientes de las batallas del 5 de Mayo y de la Intervención estadounidense. En las páginas del periódico *Excelsior* del 6 de mayo de 1938 se lee la siguiente crónica:

La épica jornada del 5 de mayo de 1862 en la que tropas republicanas se cubrieron de gloria al derrotar al ejército francés, fue conmemorada ayer, con todo entusiasmo en el Distrito Federal [...] se efectuaron homenajes en los cementerios de San Fernando y Civil, ante la tumba de los vencedores en aquella gloriosa batalla, general Ignacio M. Zaragoza y Miguel Negrete.

El primer acto, en San Fernando, empezó a las diez horas presidido por el oficial mayor del Departamento Central, general Marciano González y el licenciado Rubén Gómez Esqueda, jefe de Actividades Cívico-Sociales de la propia dependencia. Asistieron además los veteranos de la República con su vieja bandera del 67, a la que hizo guardia la Compañía de Transmisiones Militares.

Después de que la banda de música de caballería ejecutó la Marcha Heroica de Saint Saens, el general González, viejo revolucionario también, abordó la tribuna para pronunciar un discurso, en el que dijo, en homenaje a Zaragoza, que la Historia, despertando de su marasmo, agigantaba la silueta gloriosa de nuestros héroes: a los que deben de entonarse himnos de gratitud porque con su sacrificio, con sus hechos, simbolizan la libertad. Luego se refirió a los falsos caudillos, a los que no debían cantarse mentidas victorias, porque no eran paladines de causas justas, y porque los serviles les habían aureolado con hipotéticas victorias; invocó al pueblo generoso y noble que sabía y sentía quiénes eran sus verdaderos libertadores; se refirió a los hombres predestinados a encarnar la libertad de una nación, y dijo que los héroes nacionales eran como Cuauhtémoc, que con valor indómito y bravío peleó por los derechos de su pueblo y luego supo, estoicamente, sin lanzar una sola queja, sufrir el tormento ignominioso y cruel a que el conquistador lo sujetó [...]

En el artículo citado se termina afirmando que la “Historia augusta”, con olímpica serenidad, ha sabido recoger esta epopeya gloriosa del 5 de mayo de 1862, consagrándola en sus páginas, y que por eso “la conciencia nacional hacía honor a su pasado”.

La señorita América López recitó un poema intitulado “A Zaragoza”; y como no habló ningún representante de la Defensa Nacional, el licenciado Gómez Esqueda exaltó también a los héroes de la batalla de Puebla, generales Zaragoza y Negrete. Por último, después de entonarse el Himno Nacional, fueron depositados al pie del monumento del general Zaragoza numerosas ofrendas florales e hicieron guardias de honor los veteranos de las guerras de Reforma e Intervención.



Los Personajes más Destacados



En 1860, el Ayuntamiento de la ciudad, tomando en consideración a los personajes que habían sido sepultados en este espacio, lo declaró Panteón de Hombres Ilustres. Desde esa fecha y hasta 1872 recibió los restos de hombres y mujeres que se habían destacado en la vida política del país. Aquí reposan varios presidentes de la República tanto liberales como conservadores; el más importante sin duda es Benito Juárez que ocupó la primera magistratura entre 1857 y 1872; Vicente Guerrero; 1829; Anastasio Bustamante; 1830-32, 1837-41; José Joaquín de Herrera; 1844-45, 1848, y 1848-51; Manuel María Lombardini; 1853; Martín Carrera; 1859-1860. Asimismo, aquí descansan varios de los liberales más sobresalientes como Mariano Otero, Francisco Zetecoy, Miguel Lerdo de Tejada, José María Lafragua, José María Arteaga, Manuel Ruiz y Mariano Riva Palacio.

Entre los militares más distinguidos que lucharon ya sea contra la invasión de Estados Unidos en 1847, la Guerra de Reforma o la invasión francesa se encuentran Santiago Xicoténcatl, Leandro Valle e Ignacio Zaragoza del ala liberal y Tomás Mejía que peleó al lado de Maximiliano. Entre los intelectuales y artistas connotados ya en los historiadores Anastasio Zetecoy y Carlos María de Bustamante,

además de Francisco González Bocanegra autor de la letra del Himno Nacional. Algunas mujeres notables como Margarita Maza de Juárez, Rafaela Padilla, esposa de Ignacio Zaragoza y Dolores Guerrero de Riva Palacio, hija de Vicente Guerrero y consorte de Mariano Riva Palacio aquí están sepultadas.

En 1871 el panteón se encontraba prácticamente a la mitad de su capacidad y se pensaba ampliarlo. Sin embargo, un decreto del presidente Juárez ordenó la clausura de todos los cementerios que se hallaran dentro de los límites de la ciudad. Durante el Porfiriato se planeó construir un Panteón Nacional a espaldas de San Fernando, en la actual calle de Héroes, que tomó su nombre de este proyecto.

Parecía que el Panteón Nacional sería terminado con éxito, pero la Revolución impidió la conclusión del mismo. En 1935, San Fernando fue declarado monumento histórico por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en 1968 fue restaurado en su totalidad. El 31 de mayo de 2006, el gobierno de la ciudad lo convirtió en museo de sitio con el objeto de enriquecer la conciencia cívica de los mexicanos.



Cédula en el Panteón Museo de San Fernando Fotografía © Gloria Falcón



Escultura realizada por Juan y Manuel Islas que muestra a *La patria dolorida por la muerte de Juárez*, inaugurada en 1880. Contrasta con la sobriedad de la mayor parte de los monumentos mortuarios **Fotografía** © Gloria Falcón



El discurso, con un estilo que intentaba replicar los efectos sonoros de los poetas modernistas del siglo XIX, exaltaba el sacrificio de los héroes de la batalla y los equiparaba a Cuauhtémoc, quien se opuso a los invasores. El orador no olvidó recalcar que esos sacrificios fueron necesarios para generar una conciencia nacional que en ese momento hacía honor a su pasado.

Tal vez la obra emblemática de este lugar de memoria histórica sea la escultura de la tumba de Juárez, realizada por los artistas Juan y Manuel Islas. En un interesante ensayo Verónica Zárate (2003: 426) relata lo siguiente:

No pasó mucho tiempo después del fallecimiento de Benito Juárez para que se le rindiera un homenaje. La primera escultura que se le erigió fue precisamente en su tumba en el Panteón de San Fernando. Para tal efecto, se lanzó una convocatoria el 8 de mayo de 1873. [...] Dicho monumento fue inaugurado en 1880.

La escultura es una alegoría de la patria dolorida que sostiene en su regazo el cadáver de Juárez; el dramatismo de la representación contrasta con la sobriedad del resto de las tumbas. También podemos decir que este panteón es un jardín de



Exposición de fotografías en las rejas del Panteón de San Fernando, 20 de abril de 2016
Fotografía © Gloria Falcón

símbolos y que en su mayoría no son imágenes católicas, como ángeles, vírgenes y crucifijos. Los elementos que acompañan a gran parte de los sepulcros nos hablan de la pertenencia; de quiénes yacen ahí sepultados; de las logias masónicas. Por ejemplo, obeliscos rotos, urnas incensarias, sarcófagos cubiertos por paños, antorchas invertidas, clepsidras y columnas.

UN MUSEO QUE VA MÁS ALLÁ DE LA FIGURA DE JUÁREZ

El 20 de abril del año en curso, Rodrigo Callejas, encargado del área de servicios educativos del museo y en ese momento prácticamente el único responsable del sitio, a pesar de todas sus ocupaciones accedió amablemente a una entrevista, de la cual destaco lo siguiente:

GLORIA FALCÓN El 18 de julio serán 10 años que el espacio se hizo museo, después de haber sido prácticamente abandonado casi por 100 años desde que se cerró en 1871. Al día de hoy, ¿consideras que San Fernando es mucho más que un memorial de los héroes liberales? ¿Es un espacio que propicia varias lecturas?

RODRIGO CALLEJAS Sí, porque eso es lo que le da un sentido a este lugar en particular. El sitio tiene un fuerte valor histórico, enorme. Éste no debe verse como el museo de Benito Juárez ni como el museo de la tumba de Benito Juárez. Mucha gente nada más viene, ve la tumba de Benito Juárez y se va. No ve más del espacio, lo que guarda este lugar.

Yo siempre se los digo a los [...] que damos visitas guiadas: este lugar es como el espectro de la luz, hay muchos tipos de rayos de luz (gama, uv, infrarrojo), pero nosotros sólo vemos, a simple vista, una gama muy pequeña. Pero nosotros somos una especie de lente que le permite a las personas ver esta diversa gama. ¿Cómo? Pues haciendo una investigación de todo lo que nos pueden decir estas tumbas y compartiéndolo con la gente. Y mira que sí: se van del lugar con una idea diferente.

GF ¿De qué nos habla, aparte de ser un “centro de peregrinación” para ver a Benito Juárez? ¿Qué otros mensajes, qué otros elementos de memoria se guardan en este lugar?

RC Pues mira, justamente para eso nos han servido mucho las visitas guiadas caracterizadas. Las hacemos basadas en un eje temático. Entonces, algo muy curioso fue cuando yo estaba haciendo mi trabajo de titulación. Investigando me di cuenta de que muchas de las personas aquí enterradas estaban vinculadas con el mundo de las bibliotecas en el siglo XIX y de las letras en general. Entonces dije: “¿Y por qué no hacemos un guión basado en el mundo de las letras en el siglo XIX?” Así es como surgió la visita guiada “Del impresor”, que se ofreció todo el año pasado. Entonces hablaba sobre Francisco Zarco, sobre Juan de la Granja; me iba con José María Lafragua; también hablaba un poco de Concepción Lombardo con esta idea



Visitantes que llegaron por su cuenta a explorar el Museo Panteón de San Fernando, 20 de abril de 2016 **Fotografía** © Gloria Falcón

de la mujer, la educación y el libro que ella escribió. También con esta idea de la educación me refería al primer director de la Escuela Nacional de Medicina, que está enterrado aquí, de cómo fue cambiando esta idea de educación en la Nueva España y ya en el siglo XIX, con estas escuelas, la idea de la profesionalización. Tuvimos también el guión de “Un militar”, y tuvimos el de “La plañidera”.

GF Y ¿de qué hablaban en el guión del militar?

RC Nos enfocábamos en la vida bélica de la ciudad en el siglo XIX, porque aquí también tenemos muchos militares enterrados. Ésa es una manera de explotar todo lo que nos puede dar este lugar: investigas nombres, investigas las costumbres. Eso es lo rico de este lugar: conocer las costumbres de las personas del siglo XIX, no sólo funerarias, sino en otros aspectos, y eso es lo queremos dar a conocer a las personas.

GF Y tú, ¿qué le dirías a los visitantes? ¿Por qué es importante saber del siglo XIX y las costumbres?

RC Porque nos da esta perspectiva, justamente esta perspectiva de cómo ha ido cambiando la ciudad, cómo ha ido cambiando el ser humano. Algo que le decimos mucho a las personas en las visitas guiadas es sobre la importancia de resguardar este lugar y que, si bien la muerte siempre ha sido la misma a lo largo de la historia, no siempre se ha visto con los mismo ojos: no era lo mismo morir en la Nueva España que morir en el siglo XIX o morir ahora. Eso es lo que tratamos de mostrar.

GF ¿Qué otras actividades desarrollan?

RC Tenemos talleres. Aquí sesiona el Seminario de la Muerte una vez al mes. Tenemos un ciclo de conferencias anual y ciclos de cine. En los ciclos de cine mensuales se debate sobre un tema en particular. En marzo el tema fue la imagen de la mujer en el cine. Ahora, en abril, hicimos uno sobre los derechos de los niños y cómo han cambiado las interpretaciones. Empezamos con *Los olvidados* de Buñuel y terminamos con *Willy Wonka y la fábrica de chocolates*. Es interesante hacer un debate de la distancia que hay en la necesidad de protección a la infancia y los niños malcriados, por decirlo de alguna manera.

Callejas también me comentó que en los últimos años han trabajado intensamente con los vecinos de la colonia Guerrero. Uno de los resultados es la exposición de fotografía sobre el terremoto de 1985 que exhiben en las rejas del panteón, con material aportado por personas del barrio. Esto nos habla acerca de cómo un barrio con una fuerte tradición como la colonia Guerrero asume ese espacio como una parte importante de su identidad, resignificando una vez más ese emblemático sitio para futuras generaciones ✚

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

Nota

¹ Agradezco a Eduardo Ancira, investigador del acervo fotográfico del Museo Archivo de la Fotografía de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, por su ayuda en la búsqueda de las fotografías, y a Rodrigo Callejas por concederme la entrevista y compartir sus experiencias.

Bibliografía

Ceja Pérez, Héctor Enrique, “Siglos de historia y de olvido. Panteón de San Fernando”, tesis de licenciatura en historia, México, FES Acatlán-UNAM, 2008.

“Como fue conmemorada la batalla del 5 de mayo en esta ciudad”, en *Excélsior*, 2ª sección, 6 de mayo de 1938, p. 6.

Galindo y Villa, Jesús, “El panteón de San Fernando y el futuro Panteón Nacional”, en *Anales del Museo Nacional*, 2ª época, t. IV, México, 1907, en línea [<https://revisitas.inah.gob.mx/index.php/analessegunda/articulo/view/1959/5665>].

Subdirección de Cultura en Iztacalco, “Tres panteones de la Ciudad de México”, en línea [http://www.iztacalco.df.gob.mx/portal/imagenes/cultura/monografia_temas_actualiz/ARTICULOS_CULTURALES/panteones.pdf].

Villalpando, José Manuel, *El Panteón de San Fernando*, México, Porrúa, 1981.

Zárate Toscano, Verónica, “El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX”, en *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 2, octubre-diciembre de 2003.



En San Fernando fueron enterrados militares, empresarios, hombres de letras, políticos y de ciencias. Este monumento, inaugurado el 5 de noviembre de 1967, está dedicado a Juan de la Granja, quien instaló el primer telégrafo electromagnético en México
Fotografía © Gloria Falcón